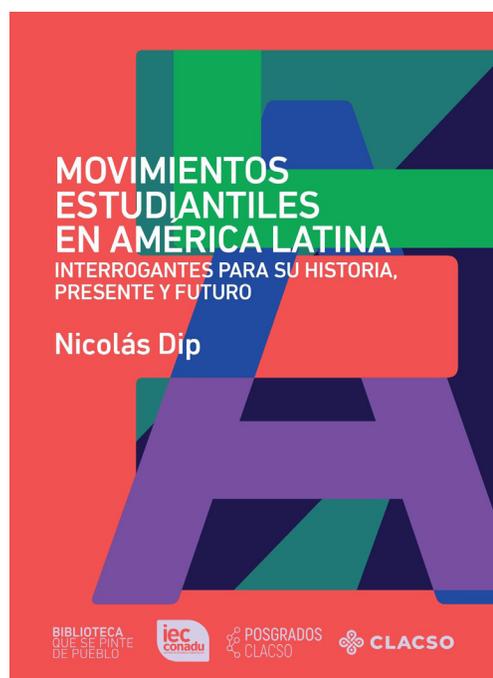


# Escripta

Revista de Historia



## Reseña

**Nicolás Dip,**  
*Movimientos estudiantiles  
en América Latina.  
Interrogantes para su historia,  
presente y futuro.*  
Buenos Aires. CLACSO, 2023.  
ISBN 978-987-813-458-1

**Elvio Monasterolo<sup>1</sup>**

Recepción: 13 de febrero de 2023

Aceptación: 30 de mayo de 2023

<sup>1</sup> Instituto de Estudios Sociohistóricos, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa (IESH-FCH-UNLPAM). Maestro en Estudios Sociales y Culturales (UNLPAM, 2020). Correo electrónico: elviomonasterolo@humanas.unlpam.edu.a ORCID ID: 0009-0004-8282-2709

En formato de libro de bolsillo, y en versión on line, el historiador y sociólogo argentino Nicolas Dip ha publicado recientemente *Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro*, editado por CLACSO en formato digital. El libro propone un recorrido a través de seis interrogantes que construyen un itinerario problematizador de tópicos y dilemas con los que la historiografía ha abordado los movimientos estudiantiles. Como bien menciona el autor, “lejos están estas páginas de querer otorgar una mirada exhaustiva y acabada sobre un colectivo que ha sido y es abordado desde múltiples flancos, temporalidades y experiencias en distintos países de la región” (P. 15). En ese marco, presentamos aquí algunos aspectos de la publicación que consideramos pertinentes para orientar al lector.

El primer interrogante que se despliega indaga por la propia condición de los movimientos estudiantiles, es decir, su naturaleza política, en tanto instancias organizativas que, deliberada o espontáneamente, atraviesan a los estudiantes que se reúnen en razón de demandas, protestas o reclamos de diversa índole, en diferentes contextos y circunstancias. Según el autor, “los interrogantes sobre movimientos estudiantiles sólo pueden surgir en perspectivas que no consideren como dimensiones excluyentes a la política y a la educación” (p. 20), reconociendo el carácter profundamente político de las instituciones educativas, en tanto escenario donde distintos actores y grupos disputan su organización y sus fines.

De la mano de ese interrogante inicial, el autor avanza por la pregunta acerca de la importancia de los movimientos estudiantiles y su grado de incidencia en los debates políticos, sociales y culturales más amplios que atraviesan a las sociedades latinoamericanas. Un somero repaso historiográfico identifica la reforma universitaria de 1918 y las grandes movilizaciones en torno al año 1968 como instancias destacadas del activismo estudiantil, a partir de cuyo momento se verificaría una paulatina pérdida de gravitación social. Sin embargo, una indagación más profunda de las experiencias estudiantiles rápidamente muestra una presencia amplia y diversa por la geografía latinoamericana, incluso en las últimas décadas donde los estudiantes movilizadores resultaron determinantes en las dinámicas de la conflictividad social de países como, por ejemplo, Chile y México.

La pregunta por la reforma de 1918 y sus legados, junto a la indagación si existió un 68 latinoamericano, organizan los siguientes interrogantes. A priori, dos momentos que parecen cristalizar una suerte de *súmmum* de los activismos estudiantiles, pero que conlleva el riesgo de funcionar como prismas y punto de anclaje en la legibilidad de otras experiencias. Sin negar su relevancia, el autor propone una exploración de las reapropiaciones y resignificaciones que esos eventos abren como terreno de disputa interpretativa, dotándolos de historicidad, pero cuyas repuestas deben remitir a las especificidades contextuales de cada experiencia. De ese modo, “desde 1918 y hasta la actualidad la pregunta sobre qué fue, qué implicó y qué legó la gesta reformista en América Latina tiene diferentes respuestas según las épocas, las distintas fuerzas que la reivindican y los diversos adversarios que la combaten” (p.29). En efecto, lejos de la búsqueda de explicaciones univocas sobre objetos tan diversos como la reforma en sí o la propia significación del reformismo —como identidad, como corriente política, etc.—, el interrogante sobre “los diversos usos y apropiaciones que hicieron de su legado los movimientos estudiantiles que aparecieron en América Latina en épocas posteriores” (p.30) puede ayudarnos a ampliar los horizontes de debates e investigaciones, al mismo tiempo que recuperar la dimensión localista donde los actores traman sus prácticas y comportamientos políticos.

Si 1918 tiende a organizar claves de lectura para toda Latinoamérica, la referencia a 1968 suele verse afectada, en mayor o menor medida, por los alcances de las protestas estudiantiles en Francia y, en menor medida, en los campus estadounidenses. Sin embargo, los aportes historiográficos permiten construir una idea específica de un 68 latinoamericano en dos planos: como año particular de protestas —Uruguay, Brasil, México— y como un momento histórico singular que remite a la diversidad de problemáticas y discusiones que atravesaron a los activismos estudiantiles de la década de 1960 y 1970.

En términos históricos, desde la década de 1980, Latinoamérica se vio atravesada por profundas y sistemáticas transformaciones de cuña neoliberal, que se tradujo en ajustes y reordenamientos sobre los sentidos y orientaciones de la educación secundaria, terciaria y universitaria. De ese modo, algunos intelectuales y científicos sociales comenzaron a indagar sobre la vigencia

efectiva de los movimientos estudiantiles, su peso en la definición de políticas públicas o su relevancia dentro de una ampliada cartografía de instituciones educativas, sean del sector privado o público. En efecto “¿están vivos los movimientos estudiantiles?” (p. 39). La respuesta del autor nos orienta por un rápido pero efectivo repaso de la gravitación y relevancia de diversas luchas y movilizaciones estudiantiles en las últimas décadas del siglo pasado a lo largo del todo el continente, como la extensa huelga contra las cuotas de inscripción en la UNAM (México), una larga década de movilizaciones en Chile contra la privatización y arancelamiento del acceso a la educación, y otras experiencias masivas en países como Colombia, Guatemala, Argentina, entre otros.

Sin dudas, las últimas décadas expresan cambios en el repertorio de prácticas, discursos y comportamientos políticos de los estudiantes, a partir de demandas y reivindicaciones propias de cada tiempo y espacio. En esa pléyade de transformaciones, por ejemplo, la presencia del feminismo, o de una vasta y veloz cultura tecno-digital reorganizan los modos de hacer y decir de los jóvenes, con impactos en los usos de los espacios públicos o las formas de toma de decisión. Entonces “¿hay lugares comunes en la historia y los presentes de los movimientos estudiantiles?” (p. 53). A distancia de miradas dicotómicas ancladas en estereotipos de “lo viejo” y “lo nuevo”, el autor sugiere la necesidad de avanzar sobre nuevas pesquisas y modos de ver y abordar los pasados, que recuperen, por ejemplo, el lugar de las mujeres en la experiencia estudiantil, los sesgos geográficos o la experiencia de regiones o países menos transitadas por la historiografía, como el caso de Paraguay, Ecuador, Bolivia o América Central.

En efecto, a lo largo del libro, Nicolás Dip despliega un conjunto de interrogantes que funcionan como punto de partida para aproximarnos a nuevas formas de pensar y abordar los pasados, presentes y posibilidades de futuro de los movimientos estudiantiles en Latinoamérica. La empresa supone un esfuerzo por descentrar las miradas en un doble sentido: por un lado, la preeminencia de la escala nacional en las investigaciones, con énfasis en las experiencias de los centros capitalinos de cada país, mediante la apelación a otras escalas de análisis que recuperen espacios y ámbitos de otras regiones. Por otra parte, la necesidad de, por el contrario, rescatar las dimensiones

transnacionales de los movimientos estudiantiles, que permitan poner en relación la diversidad de modos de hacer y decir de los estudiantes, pero también observando puntos de contacto, puentes y continuidades.

Sin embargo, el libro también expone la necesidad de construir una historiografía que se desapegue de ciertos lugares comunes de las historias estudiantiles, que permita abordar *lo común* y *lo singular* de las experiencias, que sitúe a los estudiantes con relación a otros actores sociales y que pueda pensarlos *más allá* de sus propias particularidades. Una historiografía que recupere su *politicidad* inherente en tantos sujetos productores de trama social.

Por último, mencionar lo saludable de la apuesta por un libro “de bolsillo”, abierto a un público más amplio, y laxo con relación a ciertas preeminencias académicas, que pueda condensar en un puñado de páginas (70, para ser precisos) un conjunto de tópicos que organicen y delimiten una aproximación a la vastedad histórica e historiográfica de un actor social tan vibrante como los estudiantes.